

---

## GENESIS DE AMERICA POR LOS REINOS DE LA UTOPIA

Carlos Edsel

---

Desde la más remota antigüedad las utopías han hecho que los hombres, cautivos de las injusticias y la intolerancia humana, se transformen en rebeldes capaces de lanzarse a las más insólitas exploraciones y aventuras en busca de nuevos mundos, donde quizás existan las dichas y el bienestar que no han podido conquistar en su tierra nativa.

Ya en la antigüedad clásica el poeta griego Hesiodo (siglo VIII, a. de C.) haciéndose eco de la tradición mitológica, refiere que con anterioridad a la era actual, hubo otras cuatro progresivamente más perfectas, la más antigua de las cuales fue llamada Edad de Oro. En aquella época los hombres vivían como dioses, sin penas en el corazón, alejados y liberados del trabajo y del dolor. La miseria no los amenazaba y, con brazos y piernas que no desfallecían nunca, vivían en una alegre fiesta más allá del alcance de todo mal. Morían como vencidos por el sueño, y la tierra fructífera les ofrecía abundante alimento sin límites. Vivían cómodamente y en paz en sus tierras, eran ricos en ganado y amados por los benditos dioses! Pero un día la diosa Pandora abrió la tapa de su caja repleta de males y éstos inundaron la Tierra. De la Edad de Oro se pasó a la de Plata y, sucesivamente, a la de Cobre, a la de los Héroes y, finalmente, a la de Hierro.

Pero sin haberse podido resignar a la pérdida definitiva de las dichas edénicas de la Edad de Oro, y desafiando el rigor de su propio destino, los hombres no han cesado en su angustioso afán de crear reinos o países de Utopía. Así, por los tiempos de Platón se ponderaban las maravillas de La Atlántida, el reino de las Amazonas o la tierra de los ciclopes.

Posteriormente, en el transcurso de la Edad Media, los teólogos, filósofos, poetas y cosmógrafos poblaron la mente de los hombres con reinos tan fantásticas como el Ophir de las Sagradas Escrituras, Catay y Cipango, tierra de los bálsamos y las especias, de la seda, del oro, de las perlas y las piedras preciosas. Más aún, hubo cartógrafos que ubicaron y dibujaron en sus mapas el bíblico Paraíso Terrenal y expediciones audaces que salieron en su búsqueda.

---

## AMERICA: LA MAS FASCINANTE DE LAS UTOPIAS

"En edades tardías venir han unos siglos en que el Océano relajará las cadenas del mundo y se abrirá una tierra inmensa: Tetis revelará un nuevo mundo y Tule ya no será la postrera de las tierras".

**Séneca: Medea.**

Cuando las quillas de las naves colombinas surcaron las aguas del Nuevo Mundo, la mente del Almirante venía poblada de utopías, extraídas en sus afanosas lecturas de la Historia Natural de Plinio, la geografía de Ptolomeo, el Imago Mundi del Cardenal Pedro de Ailly, los escritos de Marco Polo y las Cartas de Marear del florentino Toscanelli.

La América virginal se mostró a los nautas como el más hermoso de los paraísos edénicos donde sus habitantes disfrutaban de las dichas de la Edad de Oro, que los hombres del Viejo Mundo habían perdido en la larga noche de los tiempos.

## LA TIERRA DE GRACIA: O EL PARAISO TERRENAL

Las primeras crónicas de ficción sobre América las escribió la pluma alucinada de Colón. En sus cartas a los Reyes Católicos el Almirante describió el océano poblado de sirenas "con formas de hombre en la cara, que salieron bien alto en la mar, pero no eran tan hermosas como las pintaban". Feroces monstruos aguardaban el paso de las naves para tragárselas de un bocado. Peces voladores que destrozaban con sus dientes las velas y las jarcias de los barcos. "Ojos nunca vieron la mar tan fea, alta y hecha espuma", escribe Colón al referirse a los terribles huracanes de la Mar Océano. En las Antillas, por las señas de los indios entendió que habían hombres sin cabellos, hombres con un solo ojo en la frente, hombres con cola, y hombres con hocico de perro que comían a otros hombres. Y hasta llegó a afirmar haberlos visto: "otra gente hallé que comían hombres: la deformidad de su gesto lo dice...".

Al pasar Colón con sus naves por las bocas del Orinoco, durante su tercer viaje, asombrado por lo enorme y desproporcionado de los ríos que entregan rugientes sus aguas a la mar, donde pelean bravamente "el agua dulce con la salada, La dulce —explica el Almirante— empuja a la otra porque no entre, y la salada porque la otra no saliese", ante la majestuosidad

de tal fenómeno fluvial asegura encontrarse muy próximo al Paraíso Terrenal, que según sus cálculos debía estar ubicado cerca de las tierras de Paria. Así lo refiere a los monarcas españoles en el año de 1498:

"Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de los sanos teólogos, y así mismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vecina con la salada; y en ello ayuda así mismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo".

Para el alucinado Almirante aquellas grandezas fluviales que casi desbaratan sus carabelas en el Golfo de la Ballena, con su Boca de la Sierpe y su Boca del Dragón, sólo podían venir de la fuente de agua del bíblico Paraíso Terrenal.

Los teólogos cristianos afirmaban que Dios no había destruido el Paraíso Terrenal, y lo situaban en el misterioso Oriente, en una tierra o isla feliz, sin enfermedades, sin vejez, sin muerte, sin temor. Viajeros afortunados, como el misterioso San Brandán, habían podido, tras larga y peligrosa navegación por el Mar Tenebroso, llegar hasta ella, atravesar sus altas murallas de oro, mármol y piedras preciosas, y penetrar en una tierra de flores y frutos maravillosos, de ríos de leche y miel, en la que no se sentía frío ni calor, hambre ni sed, pobreza ni adversidad, y en la que se satisfacían plenamente todos los deseos. Algunos relatos asociaban esa isla con el fascinante imperio del Preste Juan. Centenares de manuscritos, en latín y en las diversas lenguas europeas, difundían las distintas versiones, y los mapas representaban la fantástica isla de San Brandán, en el ignoto Atlántico, al occidente de las Canarias, llamadas Islas Afortunadas.

Colón conocía estas leyendas y creía firmemente en la existencia del Paraíso. Más aún: cuando navegaba por la costa del Nuevo Mundo, creía encontrarse en los mares de Etiopía.

Al divisar la tierra venezolana, a la que se acercó el 1º de agosto de 1498, creyó nuevamente estar muy próximo al Paraíso Terrenal:

"Hallé unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas: llegué allí a la hora de tercia, y por ver esta verdura y esta hermosura acordé surgir y ver esta gente, de los cuales luego vinieron en canoas a la nao a rogarme, de parte de su Rey, que descendiera en tierra: e cuando vieron que no curé dellos vinieron a la nao infinitos en canoas y muchos traían piezas de oro al pescuezo, y algunos atados a los brazos algunas perlas... creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie.

salvo por voluntad Divina; y creo que esta tierra que agora mandaron descubrir vuestras Altezas sea grandísima y haya otras muchas en el Austro de que jamás se hobo noticia...".

Afirmaba el Almirante que más allá de donde las aguas salobres se tornan dulces, había un país y Rey de los Jardines y un Golfo de las Perlas.

Para Colón el Nuevo Mundo estaba revestido de oro, perlas, plata y esmeraldas. Y hasta su muerte persistió en la creencia de que sus naves habían arribado a una tierra prodigiosa donde la mitología y la cosmografía de los antiguos se realizaba plenamente.

De las crónicas de Colón se pasó a los mapas de gesta de cuyos mares brotaron seres fantásticos, como los que describiera Pedro Mártir de Anglería al Papa Clemente VII: "por el mar de Araya y Cubagua fueron vistos unos monstruos, cabeza humana, con pelos, barba poblada y brazos... dejó ver que la parte cubierta por el agua terminaba en pez, habiéndosele visto la cola". En las cordilleras, se ubicaron vergeles que escondían ciudades de oro. Ríos cuyas ondas encantaban a quien tuviera la osadía de mirarse en sus aguas, y navegantes como Sebastián Caboto contaron de hombres que tenían patas de avestruz.

Tras la quimera del oro y de los reinos de la utopía fueron recios hombres, curtidos de cicatrices, veteranos de los Tercios de Flandes y las campañas de Italia, expertos navegantes, doctos cartógrafos y aventureros de toda laya. De sus desventuras por los mares, ríos, selvas y montañas del Nuevo Mundo, quedaron sus "jornadas y relaciones", escritas en los altos del camino, en prosa nada correcta, pero muy viva y apasionada, impregnadas de las fantasías de los indios que aseveraban con mil juramentos la existencia de fantásticos reinos, que se esfumaban en la niebla de los ríos y las sierras, cuando ya los bravos capitanes los tenían en sus manos.

## LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

Pedro Mártir de Anglería, en su Década II, dirigida en 1514, al Papa León X, dice:

"A la distancia de trecientas veinticinco leguas de la Española cuentan que hay una isla, los que la exploraron en el interior que se llama Boyuca, alias Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable, que bebiendo de sus aguas, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza: tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad...".

Siendo gobernador de la isla de Borinquen, Don Juan Ponce de León, conoció por boca de unos indios traídos de los Lucayos las primeras noticias de la isla Boyuca, donde decían estaba la Fuente de la Eterna Juventud. "Allá al fondo de una tierra que tiene muchos pantanos —le decían los indios— está la fuente que torna mozos a los viejos".

Bastóle ésto para que Don Ponce, compañero de Colón y benemérito de Las Indias, que había llegado al Nuevo Mundo como un pobre escudero, y siempre tenido por quienes les conocieron como hombre cuerdo y prudente, abandonase la tranquilidad de su próspera gobernación, y movilizase un ejército de cándidos hombres en procura de aquella nueva quimera.

"Y era ya de sesenta años cuando Don Ponce salió en busca de aquella maravillosa fuente. . .".

Cuentan las crónicas que no quedó isla, río ni arroyo de cuyas aguas no bebiesen los hombres de Don Ponce, ni pantano o laguna donde no se zambulleran, hasta que la furia de una tormenta lo arrojó a una hermosa tierra que en homenaje al día (pascua florida de 1513) llamó La Florida. Recorrió sus costas y vio que eran enormes. Entonces se dirigió a España, donde sus relatos de la Fuente de la Eterna Juventud encontraron acogida muy favorable.

Don Ponce obtuvo por Cédula Real el nombramiento de Adelantado y Gobernador de aquellas tierras, y regresó con tres carabelas para emprender la conquista y colonización de La Florida.

Pero la tal isla Boyuca con su mágica fuente, no aparecía. Uno a uno fue perdiendo sus hombres en fieros combates con los indios, flecheros como ningunos, que pasaban un caballo de costado a costado, con arcos que no los templaba ni el más esforzado de los españoles. Pero aquella fortaleza y juventud hizo presumir a Don Ponce que sólo la tendrían aquellos que hubieran bebido el agua de la eterna juventud.

Un día, una certera flecha hizo blanco en una pierna de Don Ponce y aunque no desencantado del todo, fue a curarse a la isla de Cuba, donde la muerte le entró por la herida y se lo llevó, tronchando las ilusiones de aquel anciano empecinado que, a los sesenta años, tenía más coraje y energía que el más joven de sus aguerridos soldados.

Pedro Mártir de Anglería dice que uno de los defensores de la Fuente era un lucayo barbado, hijo de un anciano que había recobrado el vigor juvenil al bañarse y beber en la fuente milagrosa.

## EL GRAN PAITITI

Producto de las fantasías de los indios y la codicia de los españoles, después de la conquista del Perú por Francisco Pizarro, dice el padre Gerónimo Feijoo que "ha muchos años que corre la opinión de que entre aquel reino y el Brasil, hay un dilatado y poderoso imperio a quien llaman El Gran Paititi. Y que allí se retiraron con inmensas riquezas el resto de los Incas cuando se conquistó el Perú por los españoles, fundando y sustituyendo el nuevo imperio por el que habían perdido".

Sobre este reino refiere el padre Joseph Acosta en su "Historia Natural de Indias", escrita en Sevilla por el año de 1590, en el capítulo 6º del Libro 2º "que el río Marañon pasa por los grandes campos y llanadas del Paititi, El Dorado y las Amazonas.

Más audaz, el padre Domingo Navarrete asevera haber llegado a la Gran Corte del Paititi, donde la calle de los Plateros tenía más de tres mil oficiales. Y en prueba de lo que afirmaba mostraba en Lima, pintado en un mapa, todo aquel felicísimo país, señalando en él, tres cerros de inestimable valor y riqueza: uno de oro, otro de plata y el tercero de sal.

Estimulados por estas noticias el Adelantado Juan de Salinas, Pedro de Ursúa y otros hicieron varias entradas a la selva para descubrirlo, volviéndose todos sin haber hallado tan ponderado imperio.

Pero el Rey de España, sediento de oro como sus capitanes de las Indias, no permitió que este punto se quedase solamente en presunción, y encomendó al Virrey del Perú, Conde Lemos, a que organizase una poderosa expedición por el lado de Aríxaca, al mando de Don Benito de Quiroga, quien con numerosa escolta de soldados, armados a su costa, buscó inútilmente durante tres años el reino de Paititi por las enmarañadas selvas donde, entre otras, dijo haber visto ciertos árboles, que al caer sus hojas sobre las ondas de los ríos, se transformaban en peces o en pájaros.

Pero después de larga y penosa peregrinación tan solo hallaron algunos indios pobres y desamparados, divididos en incultas y cortas rancharías, el cielo turbio de nubes, que se desataba en continuos y tempestuosos aguaceros. La tierra inculta, pantanosa, estéril y todos sus esfuerzos engañosos.

De don Benito de Quiroga, se dijo entonces, que era "un hombre de gran corazón, mas no de igual cordura", que empeñado en hallar el oro de la Gran Corte del Paititi, arruinó todo su caudal, que era muy crecido. Y en verdad, a este crédulo caballero de la utopía, faltóle el suceso, mas no el merecimiento de tan portentosa empresa.

## LA CIUDAD ENCANTADA DE LOS CÉSARES

Desde el siglo XVI, entre Chile y Argentina, y luego por toda la Patagonia, los caballeros de la utopía ubicaron un fantástico reino.

... "ciudad dicen unos, reino o nación otros, a quien llaman de Los Césares...".

Viajeros hubo que la describieron con lujo de detalles e historiadores que trataron de explicar su origen. La Ciudad Encantada o de los Césares estaba en un rincón misterioso e impenetrable de la Cordillera de los Andes. Algunos afirmaban que eran tres ciudades distintas, sometidas a un rey, con las puertas siempre cerradas, con palacios y templos suntuosos, revestidos de plata maciza. Se afirmaba que los Césares no tenían más metal que la plata, y que de ella hacían las rejas de los arados, los cuchillos y todos los utensilios. Un misionero que había querido llegar hasta ellos recibió la muerte a manos de los indios. Tenían un centinela en un cerro para impedir el paso a los extraños, pero algunos habían osado acercarse hasta oír el tañido de las campanas o el eco de disparos de artillería. Mil testimonios daban pruebas irrefutables de su existencia. Personas fidedignas lo sostenían bajo juramento.

Los Césares vestían "casaca de paño azul, chupa amarilla, calzones de buche o bombachos, con zapatos grandes, y un sombrero pequeño de tres picos. Eran blancos y rubios, con ojos azules y barba cerrada". Algunos hablaban de Césares indios, otros de Césares españoles. No faltó quien les atribuyera origen inglés. Para salir de dudas se dio tormento a un indio, que al parecer se había juramentado para mantener el secreto. Terminó confesando que eran españoles.

Esta leyenda, que duró tres siglos, se construyó sobre un hecho real. Sebastián Caboto, en 1529, envió a un capitán y catorce soldados para explorar la tierra, siempre tras el espejismo de la plata. A los tres meses volvió el capitán con seis soldados contando maravillas, que engrandecieron la transmisión oral. El capitán se llamaba Francisco César. De su nombre surgió una leyenda que estimuló el conocimiento de toda la región patagónica, a la que él no había llegado jamás.

## EL REINO DE LA CIBOLA Y LA TIERRA DE LAS SIETE CIUDADES

En el año de 1536 llegaron a la Nueva España, después de haber recorrido en ocho años, más de dos mil leguas, a través de ríos, sierras, llanuras, desiertos y poblaciones hostiles, el último resto de la desdichada expedición

de Pánfilo de Narváez, explorador de la Florida: Alvar Núñez Cabeza de Vaca con tres compañeros, entre ellos Estebanico, un negro esclavo. En sus relatos hablaban de siete ciudades de Cibola, de las que los españoles tenían algunas noticias desde 1530, por la expresiva revelación de un indio.

El Virrey de México, Don Antonio de Mendoza, envió a ellas, en 1539, a Fray Marcos de Niza, un monje de San Francisco que había participado en la conquista del Perú.

Fray Marcos llevó de guía al negro Estebanico y a un grupo de indios. Atravesó los territorios de Sinaloa, Sonora, Arizona, y llegó por fin a un poblado donde le dieron noticias de las siete ciudades y de tres reinos muy poderosos. No pudo llegar a ellas y le mataron a Estebanico, pero desde una altura alcanzó a ver la ciudad de Cibola —una de las siete ciudades— donde se comía en platos de oro, y cubrían las paredes de las casas con varias láminas de oro, y turquesas arrancadas de las peñas, adornaban los cuerpos de todos sus habitantes.

Estaba Cibola, según la narración de Fray Marcos de Niza, "asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en esta parte yo he visto. Son sus casas por la manera que los indios me dijeron, todas de piedra con sobrados y azotea, a lo que me pareció desde un cerro que me puse a verla. La población es mayor que la ciudad de México. Algunas veces fui tentado de irme a ella... pero si yo moría, no se podría haber razón de esta tierra, que a ver es la mayor y mejor de las descubiertas".

López de Gómera, en su "Historia General de Indias", describe el regreso del monje explorador:

"...Y volvió (Fray Marcos de Niza) diciendo maravillas de siete ciudades de Cibola, y que no tenían caba aquella tierra, y que cuando más al poniente se extendían, tanto más poblada y rica de oro, turquesas y ganado de lana era...".

Estas noticias causaron un revuelo tremendo entre los hidalgos, capitanes y soldados, que formando gran barullo, querían ser los primeros en alistarse para ir en su conquista.

Pero parecióle al Virrey Don Antonio de Mendoza, que era empresa digna de la persona de Pedro de Alvarado, el más célebre compañero de Fernando Cortés, y uno de los más afamados conquistadores de la Nueva España, encabezar una expedición que fuese en su busca. Este murió y la empresa le fue encomendada a Francisco de Vázquez Coronado, que con buen ejército de españoles e indios y cuatrocientos caballos, partió de México a Culhuacan, donde hay más de doscientas leguas de jornada. Después de prolongado viaje, y agotadoras fatigas, donde se murieron de hambre gente

y caballos, hallaron para su pesar, que la tan ponderada ciudad de Cibola, era una aldea de doscientas chozas, y en el país de las Siete Ciudades, apenas había cuatrocientos indios que en su desnudez y desaliño, mostraban cuanta era la pobreza y esterilidad de su patria.

Dice López de Gómera, que lo único digno que vieron fue:  
"Mujeres muy hermosas y desnudas, aunque hay lino por allí"...

## LA GRAN QUIVIRIA

Refiere Gómera que:

"viendo la poca gente y muestras de riqueza, dieron los soldados muy pocas gracias a los frailes que con ellos iban y que loaban aquella tierra de Cibola..."

Cuando algunos eran partidarios de colgar a tan embusteros hombres, que les habían hecho perder su valioso tiempo, por no volver a México sin hacer algo, ni con las manos vacías, acordaron seguir, ya que los mismos frailes les juraban que más adelante habían mejores tierras.

Así, refieren las crónicas, fueron a Acuco y luego a Tiguex. Allí por los naturales tuvieron noticias de Axa y Quiviría, donde imperaba el gran príncipe Tatarrajo, y la tierra era abundante en oro, plata y piedras preciosas. Un fabuloso imperio formado de las ruinas del mexicano, donde gobernaba un príncipe de la sangre de Moctezuma, del cual dice el historiador López de Gómera que era:

"...Barbudo, cano y rico, que ceñía un bracamarte, que rezaba en horas, que adoraba una cruz de oro, y una imagen de mujer, señora del cielo..."

Mucho alegró y sostuvo estas noticias al ejército de Vásquez de Coronado, aunque algunos las tuvieron por falsas y "hechadizas de frailes", determinaron ir allá con la intención de invernar en tierra tan rica, como decían. Pero una noche se fueron los indios y amanecieron muertos treinta caballos, que puso gran temor entre los hombres. Caminaron y quemaron un lugar, y en otro que acometieron, les mataron algunos españoles e hirieron cincuenta caballos.

Al fin, después de grandes fatigas por sendas escabrosas, parajes incultos y climas destemplados, llegaron al sitio deseado. ¿Pero que fue lo que hallaron? La corte era un triste aduar bárbaro y corto, con indios embre-

ñados por los montes, el tal príncipe Tatarrajo era un pobre viejo desnudo, cuya riqueza se cifraba en un joyel de alquimia, que lo distinguía de los demás.

Dice López de Gómera que:

"...Vistas por los españoles la burla de tan famosas riquezas, se volvieron a Tiguex sin ver cruz ni rastro de Cristiandad, y de allí a México, en fin de marzo..."

## EL REINO DE LAS AMAZONAS

Las primeras noticias sobre las Amazonas en América las difundió Cristóbal Colón durante su primer viaje por las Antillas.

El Almirante hablaba continuamente de una isla llamada Matinimo, habitada por mujeres solas, que usaban arcos y flechas y, como armadura, láminas de cobre. Dijo que los vientos desfavorables le impidieron llegar a ella, aunque mucho quería, para llevar a los Reyes Católicos, cinco o seis de esas mujeres.

Las noticias siguieron siendo insistentes sobre este reino de mujeres guerreras, y parecía inminente su descubrimiento.

Por el año de 1541 salió de Quito una poderosa expedición de doscientos soldados, más de cien jinetes y cuatro mil indios, al mando de Gonzalo Pizarro, en busca de nueva quimera: la tierra de la Canela y el país de El Dorado.

A la expedición se unió Francisco de Orellana, y abriéndose paso a través de la selva ardiente y acosados por los insectos, hundiéndose en los pantanos, cuando casi todos estaban a punto de perecer los capitales desesperados preguntaban a los indios por el camino hacia el Dorado o el país de la Canela, pero siempre estos señalaban hacia el corazón de la selva.

Cuando la expedición llegó a una aldea en el río Coca, todos los portadores habían muerto de frío al cruzar los Andes o habían desertado en la selva.

El capitán Orellana se embarcó en un bergantín con cincuenta y siete compañeros para ir en busca de alimentos. Pero no pudo regresar, impedido por la rápida corriente del río.

Desde los primeros días de navegación, indios amigos e indios prisioneros les hablaron de las Amazonas. Según las noticias su reino estaba tierra adentro. Lo habitaban indias guerreras y poderosas, y una señora mandaba toda la tierra. Habían sometido provincias de indios y les hacían pagar tributo.

Sus pueblos eran de piedra, con puertas, unidos por caminos cercados y con guardas para cobrar derechos. Tenían grandísimas riquezas de oro y plata, y en la capital, donde estaba la señora principal, había grandes adora-

torios con ídolos de oro y plata para el servicio del sol. Mataban o desterraban a los hijos varones y sólo criaban con gran cariño a las hembras.

Fray Gaspar de Carvajal, cronista del viaje de Orellana por el río de las Amazonas, las describe así: "estas mujeres son muy altas y blancas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas, y andan desnudas, en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios".

El padre Carvajal dice que "después de un duro combate, con la ayuda de Nuestro Señor, nuestros compañeros mataron siete u ocho de estas Amazonas".

Al cabo de ocho meses de penosa navegación, el Capitán Orellana y su gente salieron al océano. Habían recorrido por primera vez el río más grande de América, en cuyas riberas habían visto y combatido con las fabulosas Amazonas.

## LA IMPERIAL MANOA O EL DORADO

En el siglo XVI se comienza a hablar del fabuloso imperio de El Dorado. En un principio fue secreto de soldados, tiempo después el rumor se hizo grito y se extendió sobre los mares, montañas y países remotos, tentando la fantasía en unos y la codicia en otros.

Los geógrafos discutieron su existencia y trazaron mapas en los cuales ubicaron el rico imperio de Manoa entre los ríos Amazonas y el Orinoco, y en una forma más precisa, en medio de las montañas de Pacarima o en las que forma el sistema de Parima.

Las primeras noticias sobre El Dorado las refirió en Venezuela, Pedro de Limpias, quien a su vez las había oído de boca de los hombres de Belalcázar, en Bogotá.

Refería de un país maravilloso donde el rey se untaba el cuerpo todas las mañanas con resinas olorosas, y luego se hacía cubrir con polvo de oro de la cabeza a los pies. Por la noche se sacudía la sutil coraza para renovarla nuevamente al día siguiente. El reino era tan fabuloso como su monarca: oro en las entrañas de la tierra, en las arenas de los ríos y de los lagos, y en los guijarros del suelo. Así lo contó Pedro de Limpias, y aún más fabuloso lo siguieron describiendo los capitanes de la utopía.

Felipe de Hutten, Gobernador alemán de Venezuela y Pedro de Limpias, salieron en busca del portentoso imperio del Rey Dorado. Y después de mil penalidades por las selvas y los ríos, siguiendo el curso del Gubiare, y según lo refiere Fr. Pedro Simón y el padre Piedrahita, fueron detenidos por los Omeguas, tributarios del Imperio de Manoa, que con un ejército de quince mil indios les impidieron el paso.

Después de haberlos rechazado, Pedro de Limpias, Maestre de Campo de Hutten, fueron informados de muchas ciudades y tesoros, donde las calles y los techos eran de oro, así como los lechos de los ríos.

Refieren las crónicas que una tarde, los fatigados soldados, junto con sus capitanes, alcanzaron a divisar en la lejanía de la selva, una hermosa ciudad, tan extensa que sus términos se perdían en el horizonte, con sus torres de oro que brillaban tanto como el sol.

Convencido Felipe de Hutten de haber llegado al fabuloso imperio de El Dorado, y estando en pleno invierno, con los hombres exhaustos, agotadas las provisiones y mal armados, decidió regresar para volver con una poderosa expedición. Pero al llegar al Tocuyo, Pedro de Carvajal, que se había proclamado gobernador, cegado por la codicia, quitó cruelmente la vida a Hutten, y con él se perdió uno de los caminos de la imperial Manoa.

## EL CABALLERO DE EL DORADO

De los capitanes que recorrieron los caminos de América en pos de El Dorado, ninguno tuvo tanta pasión y empeño como Sir Walter Raleigh. Primero soldado de fortuna y luego caballero del reino de Isabel I de Inglaterra; la fabulosa tierra de Guayana, con sus ignotos tesoros y su maraña de ríos, fue la gran pasión de su vida. Por El Dorado vivió muchos años en brazos de la aventura, y por El Dorado, el verdugo de la Torre de Londres le cortó su soñadora cabeza.

Sir Walter Raleigh, el terrible pirata Watarral de las crónicas españolas, se enteró de la leyenda de El Dorado por labios del gobernador de Trinidad, Alonso de Berríos, al que hizo prisionero en 1595.

Guiados por los informes de Berríos y del capitán Jacobo Whindon, que había explorado un año antes el Delta del Orinoco por orden de Raleigh, se internaron en una maraña sin fin de ríos, caños y manglares, hasta comprobar que los informes no eran del todo muy exactos. En vez de 400 millas, el país de El Dorado estaba a más de 600 millas inglesas, donde había infinidad de naciones, entre ellas la de las Amazonas, que habitaban en una isla al sur del Orinoco, que como cosa muy curiosa, poseían unas piedras que usaban de amuleto contra la tristeza.

Dejando los barcos anclados en el mar, Raleigh trató de entrar por el Orinoco en una galera, un lanchón y un bote. Llevó cien hombres y alimento para un mes. Pero después de diversas tentativas, resolvió ir solo con los botes, en los cuales metió sesenta hombres. De piloto llevaba a un indio araucó que había apresado al salir del Barema, un río al sur del Orinoco. Pero el indio no supo conducirlos, erró el camino, y se hallaron perdidos en un laberinto de ríos interminables.

Cuando estaban ya a punto de colgar al indio, hallaron un cauce bello y puro como no habían visto nunca: el Amana. Tuvieron que remar contra la corriente. Cada día pasaban por nuevos ramales del río, el calor era sofocante. Remaban los hombres sin descanso. Y cuando caía la noche en medio de tupida selva, Raleigh soñaba con la gran ciudad de Manoa, con sus torres de oro macizo y sus imponentes calles.

"Un poco más allá", al corazón de la selva, indicaban los indios, y los hombres se abrían paso por la maraña vegetal, en afanosa búsqueda del camino de oro que los conduciría a las puertas de la Imperial Manoa.

Una tarde llegaron a un poblado indígena, el "Lord" del lugar había salido, era el cacique Toparimaca, quien compraba mujeres y oro a una tribu colindante con Manoa. Allí vio la esposa de un cacique forastero "tan favorecida o atractiva como rara vez había visto otra en su vida. De buena estatura, ojos negros, formas opulentas y cabello tan largo como ella".

Orinoco arriba, Raleigh dijo haber visto un país con las orillas del río y las rocas de un azul metálico, y otro de campiñas teñidas de rojo. Ciudades con jardines sobre una colina. Mercados de bellas mujeres, donde éstas se adquirían por dos o tres hachas. Y poblaciones de gente tan vieja que podían verse los nervios y tendones bajo su piel. Vio una montaña de oro y otra de cristal, que parecía una torre perdida en las nubes, y de la cual se desprendía un río con terrible clamor, "como si mil campanas tocasen a un tiempo". Vio un río de aguas rojas del cual se puede beber a medio día, pero nunca de mañana, ni en la noche. Vio los saltos del Caroní desprenderse con tanta furia, que al caer el agua forma como una columna de humo elevándose sobre una ciudad.

En Moroquitos, Raleigh se entrevistó con Topiawari, Rey de Aromaia, un ser infinitamente viejo, de andar lento y majestuoso, que era hijo del río, como todos los suyos. Llegó al atardecer, antes de que saliese la luna, con muchos indios. Raleigh hizo levantar una tienda para honra del viejo rey. Tomó asiento frente a él y le habló de la grandeza de su país y de su reina, con más súbditos que las hojas de los árboles de una isla del río, y comenzó a indagar sobre el país de los guyanas. Topiawari le habló de su raza y de sus guerras, y posteriormente, cuando Raleigh le pidió que le indicase los pasajes más fáciles para entrar en las áureas tierras de la Imperial Manoa, el viejo Rey le dijo que el poderío del emperador de Manoa era tan gigantesco que no podía desafiarlo ni aun con el triple de sus soldados.

---

## EL DESCUBRIMIENTO DEL VASTO, RICO Y HERMOSO IMPERIO DE GUAYANA

Al regresar a Inglaterra, Raleigh publicó en 1595 una relación de sus viajes por la Guayana, con descripciones de la gran ciudad de oro Manoa, llamada El Dorado, de las provincias de Emeria, Arropaia y otras regiones con sus ríos adyacentes.

Según la relación de Raleigh, "el imperio de Guayana, está ubicado al este del Perú, hacia el mar, bajo la línea equinoccial, encierra mucho más oro que la más rica provincia del Perú".

De la ciudad imperial de Manoa dice que "es más conocida con el nombre de El Dorado, la que por su magnificencia, sus tesoros y excelente ubicación, supedita a cualquiera otra del mundo". Se reclina a orillas de un lago de agua salada de doscientas leguas de longitud; casi como el Mar Caspio". Allí "vivía un emperador descendiente de los Incas, donde todo el servicio de su casa, mesa y cocina son de oro y de plata, y cuanto menos de plata y cobre, por más recios. Con estatuas huecas de oro, que parecían gigantes, y las figuras al propio tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cría la mar y agua de sus reinos".

Dice igualmente, que a orillas del río Caura hay una nación de indios que tienen la cabeza pegada de la espalda, a los cuales se les llama Ewaipanoma, con los ojos sobre los hombros y la boca en mitad del pecho. Y entre ambos hombros les brota una crin.

En su crónica Raleigh narra la historia del primer hombre que logró entrar en la ciudad de Manoa.

Se trata de Juan Martínez, guardián de las municiones de la expedición de Don Diego de Ordaz, quien en un descuido hizo volar toda la provisión de pólvora. En castigo fue condenado a muerte. Pero como gozaba del afecto de los soldados, éstos lograron que se le abandonase en una canoa, solo, sin vitualla y con armas, a merced del Orinoco.

La canoa se deslizó aguas abajo, hasta que Martínez fue a caer a manos de unos indios que nunca habían visto un español, y pasearon a éste como una maravilla, de pueblo en pueblo, y de esta forma lo llevaron hasta la gran ciudad de Manoa, capital y residencia del Inca Emperador. Al verlo, éste reconoció su identidad de cristiano, pues hacía poco tiempo del asesinato de Huaxcar y Atahualpa por los españoles en el Perú. Pero ordenó que el forastero fuese alojado y bien atendido en el palacio.

Martínez vivió siete meses en Manoa, sin que se le permitiese ir a ninguna otra parte del Imperio. Tampoco se le dejó entrar en Manoa sino con los ojos vendados, entre una guardia de indios, por la puerta de la ciudad, calculando que entre el trayecto transcurrieron catorce o quince días.

Antes de morir, Martínez refirió que penetró a mediodía en aquella ciudad, que entonces se le quitó la venda, y que anduvo de marcha todo ese día hasta horas de la noche, y del mismo modo todo el siguiente desde la salida hasta la puesta del sol, y que entonces llegó al palacio del Inca. Así continuó viviendo siete meses en Manoa, y entonces comenzó a entender el lenguaje de los indios. El Inca le dio a escoger entre regresar a su patria o terminar sus días en Manoa. Pero Martínez no deseaba quedarse, y logró la gracia de que lo dejaran partir.

El Inca mandó que varios indios lo escoltaran hasta el río Orinoco, todos cargados de oro como obsequio para Martínez. Cuando se acercaban a la orilla del río, los indios de la frontera llamados Orinokoponi despojaron de ese tesoro a Martínez y sus guayaneses. Estos salvajes de la frontera, no habían sido conquistados y se mantenían en guerra con el Inca, y sólo no se apoderaron de dos calabazos llenos de cuentas de oro curiosamente ensartadas que los Orinokoponi se imaginaron servían para elaborar una bebida alimenticia, dejando que Martínez las conservase para sí. Entonces pudo conseguir una canoa o piragua para deslizarse por el Orinoco, hacia la desembocadura, y de allí siguió a Trinidad, continuando para Margarita, y finalmente llegó a Puerto Rico, donde estuvo largo tiempo en la vana esperanza de trasladarse a España, y así le sorprendió la muerte. Enfermó gravemente, y ya en trance de muerte, recibió los santos auxilios de su confesor, hizo entrega de la relación de sus viajes, legando sus pepitas de oro a la Iglesia y a los frailes, por la redención de su alma.

Alonso de Berríos obtuvo una copia de la relación de Martínez en Puerto Rico, y a la vez Raleigh la conoció por intermedio de éste, cuando lo hizo prisionero en Trinidad.

Todas estas leyendas, producto de la credulidad y la codicia de los capitanes de la utopía, fueron el verdadero acicate o señuelo de los esfuerzos de aquellos hombres, que sobreponiéndose al dolor, al hambre, al agotamiento, la angustia, el temor, fueron capaces de abrir rutas nuevas por montañas, desiertos, selva y mares, hasta hacer posible el conocimiento de los últimos rincones del Nuevo Mundo.

Finalmente, diremos con la prosa ardiente de Sir Walter Raleigh, que "en todos los sueños de aquellos que han reducido los límites del mundo desconocido, predomina el mismo brillo del oro y de las piedras preciosas, el mismo aroma de las lejanas especias".

---